

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RÊYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VI.

EL INTERIOR DE UN ABISMO, ALUMBRADO.

Cuando aquel hombre se vió en aquel escollo, bajo aquella nube, en medio de aquella agua, lejos de todo contacto viviente, lejos de todo ruido humano, dejado por muerto, solo entre el mar que subía y la noche que llegaba, sintió una alegría profunda.

Había triunfado.

Él tenía su sueño. La letra de cambio á largo plazo que había girado contra el destino, le era pagada.

Para él, quedar abandonado era quedar emancipado.

Se hallaba en los Hanois, á una milla de distancia de la tierra, y tenía 75,000 francos. Nunca se había ve-

rificado con tanta habilidad un naufragio. Nada habia faltado; verdad es que todo estaba previsto.

Clubin, desde su juventud, habia tenido una idea: colocar la honradez como una puesta en la ruleta de la vida, pasar por hombre probo y partir de esta circunstancia, aguardar la ocasion propicia, aprovechar la coyuntura, adivinar el momento; no palpar, sino agarrar; dar un golpe y no dar mas que uno; cargar con todo, dejar atrás á los imbéciles.

Él queria hacer de una vez lo que los estafadores vulgares hacen en veinte, y al paso que ellos van á parar á la horca, ir él á parar á la fortuna.

El encuentro de Rantaine habia sido su rayo de luz. Combinó inmediatamente su plan.

Lo primero era hacer vomitar á Rantaine los 75,000 francos que se habia comido; en cuanto á sus revelaciones posibles, anularlas desapareciendo; para desaparecer pasar por muerto, que era la mejor de las desapariciones, y para pasar por muerto perder la Duranda.

Este naufragio era necesario.

Y, amen de todo, dejar un buen nombre, lo que hacia de toda su existencia una obra maestra. Cualquiera que hubiese visto á Clubin en su naufragio, hubiera creído ver un demonio, pero un demonio feliz.

Habia vivido toda su vida para aquel minuto.

Toda su persona espresó esta palabra: ¡En fin!

Una serenidad espantosa volvió pálida su frente oscura. Sus ojos empañados, en cuyo fondo se creía ver un

tabique, se hicieron profundos y terribles. En ellos se reverberaba el incendio interior de su alma.

El fuero interno tiene, como la naturaleza exterior, su tension eléctrica.

Una idea es un metéoro; en el instante del buen éxito, las meditaciones acumuladas que lo han preparado, se entreabren, y de ellas brota una centella; tener en sí la garra del mal, y sentir dentro de ella una presa, es una felicidad que tiene su brillo; un mal pensamiento que triunfa ilumina un semblante; ciertas combinaciones que han salido bien, ciertos fines logrados, ciertas felicidades feroces, hacen en los ojos de los hombres aparecer y desaparecer lúgubres expansiones luminosas.

Estas expansiones son la tempestad alegre, la aurora amenazadora. Salen de la conciencia, sombría y nublada.

Brillaron en aquella pupila.

Aquel resplandor no se parecia á nada de lo que se puede ver lucir allá arriba ó acá abajo.

El bribon comprimido que habia en Clubin hizo explosion.

Clubin miró la oscuridad inmensa y no pudo contener una carcajada siniestra.

¡Era pues libre! ¡Era pues rico!

Su incógnita se despejaba en fin. Resolvía su problema.

Clubin tenia tiempo sobrado. La marea subia, y por consiguiente sostenia la Duranda, que acabaria tal vez por ponerse á flote. El buque mientras tanto estaba sóli-

damente adherido al escollo; ningun peligro habia de zozobrar.

Además, era preciso dejar al bote tiempo para alejarse, perderse tal vez, como Clubin esperaba.

En pie sobre la cubierta de la Duranda naufragada, cruzó los brazos, saboreando en las tinieblas el abandono en que se hallaba.

Treinta años habia pesado la hipocresía sobre aquel hombre. Era el mal y se habia apareado con la probidad. Odiaba la virtud con un odio de mal casado. Habia siempre tenido una premeditacion malvada; desde que tenia la edad de hombre llevaba esa armadura rígida, la apariencia. Era mónstruo interiormente; vivia dentro de un tegumento de hombre de bien con un corazon de bandido. Era el pirata almibarado. Era el prisionero de la honradez; estaba encerrado en esa caja de momia, la inocencia; tenia en la espalda alas de ángel, incómodas para un miserable. Se hallaba sobrecargado de estimacion pública.

El pasar por hombre honrado es duro. Mantener siempre en equilibrio el pensar mal y el hablar bien, ¡qué trabajo!

Habia sido la fantasma de la rectitud, siendo el espectro del crimen. Esta implicacion de términos habia sido su destino. Se habia visto en la precision de tener buenas maneras, de permanecer presentable, de hacer espuma debajo del nivel, de dar una apariencia de sonrisa al rechino de sus dientes. La virtud era para él la cosa que ahoga.

Habia pasado su vida deseando morder una mano, y para morderla tuvo que besarla.

Haber mentido es haber sufrido. Un hipócrita es un paciente en la doble acepcion de la palabra; calcula un triunfo y soporta un suplicio.

La premeditacion indefinida de un mal golpe acompañada de una dosis de austeridad, la infamia interiorazonada con una escelente reputacion, la necesidad de alucinar continuamente, de no ser nunca uno mismo, de causar ilusion, ¿puede haber mayor fatiga?

Con todo el negro que el hipócrita muele en su cerebro componer el candor, querer devorar á los que le veneran, ser cariñoso, contenerse, reprimirse, estar siempre alerta, espiarse sin cesar, poner buena cara á su crimen latente, hacer subir su fealdad en forma de belleza, fabricarse una perfeccion con su malignidad, hacer cosquillas con un puñal, azucarar el veneno, velar la afabilidad de su gesto y la música de su voz, no tener su mirada propia, no hay nada mas difícil, no hay nada mas doloroso.

Lo odioso de la hipocresía empieza oscuramente en el hipócrita.

Beber perpetuamente su impostura es una náusea. La dulzura que la astucia da á la maldad repugna al malvado, obligado continuamente á tener esta mistura en la boca, y hay instantes de arcadas en que el hipócrita está á punto de vomitar su pensamiento. Volver á tragar esta saliva es horrible.

Añadid á lo dicho el profundo orgullo. Hay minutos

extraños en que el hipócrita se estima. Hay un *yo* desmesurado en el bellaco. El gusano tiene la misma manera de arrastrarse que el dragon y tambien la misma manera de enderezarse.

El traidor no es mas que un déspota atado que no puede hacer su voluntad sino resignándose al segundo papel. Es la pequeñez capaz de enormidad.

El hipócrita es un titan, enano.

Clubin se figuraba de buena fe que él habia sido oprimido. ¿Qué razon hubo para que él no naciera rico? Nada hubiera deseado tanto como heredar de su padre y de su madre 100,000 libras de renta. ¿Por qué no las tenia? No era culpa suya. ¿Por qué, no dándole todos los goces de la vida, se le obligaba á trabajar, es decir, á engañar, á hacer traicion, á destruir? ¿Por qué, de esa manera, se le habia condenado al tormento de adular, de arrastrarse, de complacer, de hacerse amar y respetar, y de tener dia y noche en la cara una fisonomía que no era la suya?

El disimulo es una violencia sufrida. Se aborrece delante de quien se miente. En fin, la hora habia llegado. Clubin se vengaba.

¿De quién? De todos y de todo. Lethierry no le habia hecho mas que bien; un agravio mas; se vengaba de Lethierry.

Se vengaba de todos aquellos ante quienes habia tenido que reprimirse. Tomaba su desquite. Cualquiera que hubiese pensado bien de él era su enemigo. Habia sido su cautivo.

Clubin estaba en libertad. Habia practicado su evasión. Estaba fuera de los hombres.

Lo que se tomara por su muerte, seria su vida; iba á comenzar. El verdadero Clubin desnudaba al falso.

Todo lo habia disuelto de un golpe. Habia de un puntapie abismado á Rantaine en el espacio, á Lethierry en la ruina, á la justicia humana en la noche, á la opinion en el error, á la humanidad entera fuera de él, Clubin. Acababa de eliminar el mundo.

En cuanto á Dios, esta palabra de cuatro letras le ocupaba poco.

Habia pasado por religioso. ¿Y qué?

Hay cavernas en el hipócrita, ó por mejor decir, el hipócrita entero es una caverna.

Cuando Clubin se encontró solo, se abrió su antro. Tuvo un instante de delicias; aireó su alma.

Respiró su crimen con toda la fuerza de sus pulmones.

El fondo del mal se hizo visible en su semblante. Clubin se abrió, se desplegó, si asi puede decirse.

En aquel momento, la mirada de Rantaine al lado de la suya hubiera parecido la mirada de un niño recién nacido.

Haberse quitado la máscara, ¡qué desahogo! Su conciencia gozó al verse horriblemente desnuda y al tomar libremente un baño de cuerpo entero en el mal.

La compresion de un largo respeto humano acaba por

inspirar un anhelo furioso de impudencia. Se llega á cierta lascivia en la maldad.

En esas espantosas profundidades, morales tan poco sondeadas, existe no sé qué ostentacion atroz y agradable que es la obscenidad del crimen.

La sosería de la falsa buena reputacion escita un apetito de deshonor. Se desdeña tanto á los hombres que se quisiera ser de ellos despreciado.

Causa tedio el ser estimado. Se admiran las francas maneras de la degradacion. Se contempla con codicia la indecencia, que tan á sus anchuras está sumida en la ignominia.

Los ojos que se bajan á la fuerza tienen frecuentemente de esas miradas oblicuas.

Nada está mas cerca de Mesalina que María Alacoque. Ved á la Cadiere y á la religiosa de Lomiers. Clubin, él tambien, habia vivido bajo el velo. La desvergüenza habia sido siempre su ambicion.

Envidiaba á la mujer pública la frente de bronce del oprobio aceptado; se sentia mas mujer pública que ella, y tenia el disgusto de pasar por virgen.

Habia sido el Tántalo del cinismo. En fin, en aquella roca, en aquella soledad, podia ser franco, y lo era.

Sentirse sinceramente abominable, ¡qué voluptuosidad! Clubin espermentó en aquel minuto todos los éstasis posibles del infierno; las cuentas atrasadas del disimulo le fueron saldadas; la hipocresía es un anticipo; Satanás le reembolsó.

Clubin se dió el embriagador placer de ser desvergonzado, habiendo desaparecido los hombres, y no teniendo allí mas que el cielo. Se dijo: ¡soy un miserable! y quedó contento.

Nada parecido habia pasado jamás en una conciencia humana.

Ninguna abertura de cráter es comparable á la erupcion de un hipócrita.

Estaba muy contento de que allí no hubiese nadie, y no le hubiera disgustado que hubiera habido allí alguno. Hubiera gozado en ser espantoso ante testigo.

Hubiera sido para él una dicha poder decir cara á cara al género humano: ¡Eres idiota!

La ausencia de los hombres aseguraba su triunfo, pero lo disminuía.

No se tenia mas que á sí mismo para espectador de su gloria.

El hallarse en la picota tiene su encanto. Todo el mundo ve que sois infame.

Obligar á la muchedumbre á examinaros, es ejercer un acto de poder. Un presidario, de pies sobre un tablado en medio de una calle, con la argolla de hierro en el cuello, es el déspota de todas las miradas que obliga á volverse hácia él.

En su cadalso hay un pedestal. Ser un centro de convergencia de la atencion universal, ¡qué mas hermoso triunfo?

Forzar á que os mire la pupila pública, es una de las

formas de la supremacía. Para aquellos cuyo ideal es el mal, el oprobio es una aureola. Desde allí se domina. Se está en lo alto de alguna cosa. Allí el hombre del oprobio se instala soberanamente.

Un poste que el universo ve no deja de tener alguna analogía con un trono.

Ser espuesto á la vergüenza es ser contemplado.

Un mal reinado tiene evidentemente goces de picota. Neron incendiando Roma, Luis XIV tomando por traicion el Palatinado, el regente Jorge matando lentamente á Napoleon, Nicolás asesinando á la Polonia en presencia de la civilizacion, debian experimentar algo de la voluptuosidad que soñaba Clubin.

La inmensidad del desprecio causa al despreciado el efecto de una grandeza.

Ser desenmascarado es una derrota, pero desenmascarse uno mismo es una victoria. Es una embriaguez, es una impudencia insolente y satisfecha, es una desnudez desatentada que insulta todos los pudores. ¡Suprema felicidad!

Tales ideas en un hipócrita parecen contradictorias, y no lo son. Toda la infamia es consecuente. La miel es hiel. Escobar confina al marqués de Sade. Prueba: Leotadio.

El hipócrita, siendo el malvado completo, tiene en sí los dos polos de la perversidad. Es por un lado falso sacerdote, y por el otro cortesano.

Su sexo de demonio es doble.

El hipócrita es el espantoso hermafrodita del mal. Se

fecunda solo. Se engendra y se trasforma él mismo.

Le quereis encantador, miradle; le quereis horrible, volvedle de otro lado.

Clubin tenia en sí toda esta sombra de ideas confusas. Las percibia poco, pero gozaba de ellas mucho.

Una procesion de las llamas del infierno, vistas en medio de la noche, era la sucesion de los pensamientos de su alma.

Clubin permaneció por algun tiempo en sus delirios; contemplaba su honradez del mismo modo que una serpiente contempla la vieja piel de que se ha desprendido.

Todo el mundo habia creido en su honradez, y hasta él mismo habia creido algo en ella.

Soltó una segunda carcajada.

Iban á creerle muerto, y estaba rico. Iban á creerle perdido, y estaba salvado. ¡Qué buen chasco dado á la estupidez universal!

Y en esa estupidez universal estaba comprendido Rantaine. Clubin pensaba en Rantaine con un desden sin límites. El desden que á la garduña inspira el tigre.

Él, Clubin, habia llevado á cabo la evasion que no pudo realizar Rantaine con buen éxito. Rantaine se iba chasqueado, y él desaparecia triunfante. Habia reemplazado á Rantaine en el lecho de su mala accion, y quedó para él el galardón.

En cuanto al porvenir, no habia formado aun ningun plan preciso.

Le bastaba saber que en la caja de hierro encerrada en

su cinto tenia sus tres billetes de Banco. Tomaria otro nombre. Hay países en que 60,000 francos valen 600,000. No seria una mala solución ir á uno de ellos á vivir honradamente con el dinero cogido al pícaro Rantaine.

Especular, entrar en los grandes negocios, aumentar su capital, hacerse verdadero millonario, tampoco eso seria malo.

En Costa-Rica, por ejemplo, como entonces principiaba el comercio del café, habia probabilidades de ganar toneles de oro. Eso lo veria luego.

Tiempo tenia para pensar en ello. Por de pronto, lo difícil estaba hecho. El gran negocio era despojar á Rantaine y desaparecer con la Duranda. Ya lo habia conseguido. Lo demás era sencillo.

En lo sucesivo no era posible ningun obstáculo. Nada habia que temer. Nada podia sobrevenir.

Iba á ganar la costa ¡á nado; llegaría á Plainmont de noche, escalaría el acantilado, se dirigiria á la casa hechizada, entraria en ella sin pena por medio de su cuerda con nudos oculta de antemano en un agujero de la roca, hallaria en la casa hechizada su maleta que contenia vestidos secos y víveres; allí podria aguardar, estaba informado de todo, no trascurririan ocho días sin que contrabandistas españoles, probablemente Blasquito, tocasen en Plainmont; por algunas guineas se haria transportar, no á Tor Bay, como habia dicho á Blasco para desorientarle y desviar las conjeturas, sino á Pasages ó

á Bilbao. De allí ganaria Veracruz ó Nueva-Orleans.

Entre tanto, el momento habia llegado de echarse al mar; el bote estaba lejos; una hora de natación era muy poca cosa para Clubin; una milla solamente le separaba de la tierra, puesto que se hallaba cerca de los Hanois.

A tal punto estaba Clubin de sus propósitos, cuando se rompió la niebla y apareció el formidable peñasco Douvres.